

candor del payo, no se le oscureció la bellaquería del Licenciado, y poniéndose de siete colores, se levantó y despidió mortificadísimo, dando disculpas á Retortillo, y tropezones con tapetes y escupideras.

—¡Ya Usted ve si la imágen es milagrosa! observó el Licenciado estrechándole por última vez la mano en la puerta del estudio; y volviendo á su bufete, y siguiendo la frase pendiente, aún ántes de sentarse, dictó: “.....y salvas las protestas oportunas, ante Usía, con el respeto debido, expongo.”

Preocupado yo con lo que acababa de presenciar, en vez de escribir la frase, dí rienda suelta, no sin estrépito y contorsiones, á la risa que me hormigueaba en el cuerpo. Retortillo me vió con aire grave y me dijo en tono sentencioso: “Milagros de este linaje se obran, á Dios rogando y con el mazo dando.”

Recordé estas palabras al oír las últimas del capitán, y creo que el milagro que él desea, sería de fácil realización, si alguno de nosotros poseyera la viveza, la travesura y la resolución del Licenciado Retortillo para hallar expedientes en lances tan apurados como éste en que nos vemos.

III

La docena de sillas para igualar.

Los oyentes hallaron demasiado largo el cuento del procurador, tratándose de tan sencillo suceso; y el farmacéutico, que era inclinado á la contradicción, dijo:

—No; pues lo que es en materia de viveza y travesura, yo habría proporcionado al Licenciado Retortillo la horma de su zapato en la persona de un D. Roque, de célebre memoria; si bien éste solía emplear aquellas dotes en términos mucho ménos ajustados al Decálogo.

Don Roque había sido comerciante en San Luis Potosí, con bienes propios considerables y casi ilimitado crédito; pero el robo de unos cargamentos de mercancías suyas durante la guerra de insurrección, le atrasó de tal modo, que dió punto á sus negocios entregando á sus acreedores el dinero y los efectos existentes, y hasta las alhajas de su mujer; pues decía, y con justicia, que usarlas ella cuando su marido aun de-

bia en la plaza, era afrentarse á sí misma. Por raro que hoy parezca este modo de discurrir, era el de D. Roque en la época á que me contraigo; y lo hago notar á Ustedes para que en la conducta posterior de mi héroe vean hasta dónde suele arrastrar la pobreza. Siempre que yo oía hablar de las diabluras de D. Roque, recordaba sin querer, una cuárteta que de muchacho leí en alguno de los romances del Cid, y que dice:

¡Oh necesidad infame!
 ¡A cuántos honrados fuerzas
 A que, por salir de tí,
 Hagan mil cosas mal hechas!

Aunque la poesía y los versos me han apesado siempre más que la valeriana, quedóseme en la memoria la tal cuárteta; y me gusta, por contener una verdad positiva y activa como una onza de purga de Jalapa (*radix Jalapæ*). Y volviendo á D. Roque, sucedióle que, honrado y favorecido de sus mismos acreedores al principio de su pobreza, acabó por cansarlos á peticiones y banderillazos, y llegó á palpar frío el fogueo de su cocina, y rajada y vacía la marmita del puchero; situación terrible para el jefe de una familia compuesta de mujer y tres ó cuatro hijas pequeñas, que comen con el buen apetito de la

miseria, que rompen zapatos, y que no se pueden vestir de hojas de plátano, como Eva ántes de la invencion de los telares.

Dióse D. Roque á la correduría, aunque sin título, y con la mala suerte que por lo regular acompaña á los buenos. Diariamente azotaba las calles de la ciudad y de sus cuatro barrios, sin hacer sino rara vez, algun negocio pequeño, cuyo producto llevaba inmediatamente á su familia. De dia en dia fuéronsele escaseando más y más los medios de subsistencia, y como había sido rico y se había sentado en su juventud al festin de la abundancia, hízosele mucho más amargo el pan de la pobreza; ó, para hablar con propiedad, se le agrió el carácter y se le endureció el corazon al verse sin pan bueno ni malo. Dió en tratar ásperamente á todo el mundo, cuando de todo el mundo necesitaba, y hasta en contestar con grosería á las salutations de las gentes, lo cual empeoraba su situacion. Por otra parte, concurría á las casas de juego, á que sus antiguos amigos le corrieran algo en vaca, sin poner él un solo centavo, ó á que los conocidos afortunados le dieran el barato; y como la dignidad y la decencia casi siempre se pierden muy pronto en los garitos, este pobre viejo, que

había sido hombre leal y completo, acabó por vivir de una industria que es hoy la de muchos, jugando topillos en mayor ó menor escala, pero con viveza y travesura, que le dieron celebridad, y que muchas veces caían en gracia á las mismas víctimas.

Advierto, señores, que voy tropezando en el mismo escollo del compañero procurador, quien para referirnos la entrevista de un licenciado y de un payo, nos ha forjado una historia casi tan larga como la vida de San Alejo. Procuraré, de consiguiente, abreviar la narracion de mi anécdota.

Habíamos llegado, D. Roque al estado de decadencia moral de que acabo de hablar, y yo al apogeo de mi posicion como farmacéutico. De humilde origen y huérfano desde muy corta edad, había pasado mis años juveniles machacando raíces y preparando purgantes y clísteres durante el dia, en calidad de mancebo, y sin más distraccion por las noches que el estudio del formulario y la colocacion de recetas en los alambres destinados á recibirlas. Mi laboriosidad y mi aptitud para dar punto y el sabor conveniente á jarabes y refrescos, habían llamado más de una vez la atencion de mi principal, y siendo éste español y teniendo que salir del país á la ex-

pulsion de todos los de su nacionalidad, dejéme la botica en traspaso, á que le fuese yo pagando en anualidades su importe. Abrí un nuevo pozo, no pareciéndome suficiente para infusiones y decocciones el agua del que había: rematé una partida regular de azúcar prieta á precio muy bajo, y contraté la zarzaparrilla, los claveles y las cáscaras de naranja que fuera posible recoger en un radio de algunas leguas; y con estos elementos y la especialidad de platear las píldoras que otros boticarios solo cubrian con harina ó magnesia, mi establecimiento llegó á ser el primero de los de su género en la ciudad. Dueño de mis acciones y poseedor de regulares recursos, y conviniendo con el Génesis, en que el hombre no está bien cuando se halla solo, caséme con la hija de un hacendado del rumbo de Tepeyahualco, y á la muerte de mi suegro — que lo fué para mí en toda la acepcion de la palabra, — por aquello sin duda de que todo está compensado en la vida, recibí la rica hacienda que hoy poseo, y de que mi esposa resultó única heredera.

Fué y es la tal esposa mia un tipo singular, poseyendo las cualidades buenas y malas de un temperamento linfático, y de un carácter de

aquellos que no sienten agravio ni agradecen beneficio. Con la misma flema con que cuando éramos novios recibia las pastillas de malva y agua de azahar con que yo la obsequiaba, recibió ante el altar mi mano, recibió los catorce hijos con que Dios lleva bendecido nuestro matrimonio, y recibiría al verdugo si fuese condenada á la estrangulacion. Y aquí voy á entrar en detalles domésticos que temo fastidien á mi auditorio, pero que son indispensables para la inteligencia de lo que refiero.

Yo había puesto á mi esposa una casita, asaz decente y bien amueblada; pero dió y tomó en que la docena de sillas norte-americanas, de asiento de ojo de perdiz —de las primeras que vinieron al país— que adornaban la sala, no eran suficientes, atendidas las dimensiones de ésta, y que convendría duplicar el número de asientos buscando otros iguales á los ya comprados. Esto, que hoy parecería tan hacedero, no lo era entónces, por la sencilla razon de que solo había llegado á la ciudad una partida de las tales sillas, que inmediatamente se realizó por haber agrado mucho la calidad y la forma de ellas. Contra su habitual indiferencia respecto de todo, mi esposa perseveró en su antojó, y como yo tenía

mis barruntos de que iba á hacerme padre, no quise omitir esfuerzo para cumplírsele.

—Don Roque —dije un dia á nuestro viejo, que rebozado hasta las narices en el descolorido barragan que había sido verde, se recostaba contra el mostrador de la botica, con todas las señales de un mal humor más concentrado que de ordinario;— mi esposa desea una docena de sillas iguales á las que tenemos en casa. Pídale Usted una de éstas para muestra, y vea si consigue á no muy alto precio las que solicito.

El viejo dió por toda respuesta un gruñido, y salió de la botica. Me había visto casi diariamente desde que yo era niño; me trataba con familiaridad; daba muy frecuentes jaques á mi bolsillo, y ni su persona ni su historia eran desconocidas á mi esposa, que le profesaba algun aprecio por efecto de su triste situacion y de las consideraciones que me veía guardarle. Média hora despues volvía Don Roque, seguido de dos cargadores con la deseada docena de sillas, que él mismo fué bajando una por una de la cabeza de aquellos, y poniendo en doble hilera frente á la puerta de la botica.

—¿Son, ó no son iguales á las tuyas? me preguntó.

Al primer golpe de vista y ántes de oír la pregunta, habíala yo resuelto en sentido afirmativo. ¡La misma forma, las mismas dimensiones, el propio asiento de bejuco, y hasta las mismas frutas doradas al claró-oscuro en los respaldos y los piés!—¿Dónde ha podido Usted dar tan presto con lo que buscaba? le pregunté á mi turno.

—Eso no es de tu cuenta,—me contestó.—Las sillas valen sesenta pesos; ni un real ménos.

—Las que tengo me han costado cincuenta y cinco. ¿No podría ser que dieran éstas en lo mismo?

—Valen sesenta pesos; y ó los cuentas ó me las llevo.

—Mias son, me apresuré á decirle, temiendo perder la oportunidad de complacer á mi esposa, y puse al viejo en el mostrador de la botica tres montoncitos de á veinte duros. Don Roque sonó y frotó algunos de éstos despues de contarlos, puso la cantidad total en su polvero, fijó en mí una mirada entre dulce y maliciosa, y acabó por decirme:

—¿Y yo, trabajo de balde, por ventura?

El corredor exigía su corretaje, y era justo dársele, como también pagar á los cargadores. Saldada mi cuenta por completo, sin haber exi-

gido factura ni recibo, por creer que no valía la pena de ello, supliqué á Don Roque llevara las sillas á mi casa y las entregara de parte mia á mi mujer; á todo lo cual se mostró dispuesto, partiendo en seguida á hacerlo.

Quedé contento del negocio, fuerza es decirlo. Por una parte, era yo buen marido —como lo son en la luna de miel casi todos— y compartía y saboreaba el gusto de Donaciana al ver cumplido su antojo. Por otra parte, aunque en fuerza de preparar cáusticos y ventosas, habíame vuelto insensible á los padecimientos de la humanidad, me afectaba la miseria de Don Roque, y me decía que con el corretaje de las sillas tendría su familia para comer un par de días. No sospechaba yo que el bien y buena obra hechos por mí al viejo, habían sido mucho mayores. El muy tuno, conociendo el carácter apático de mi mujer, y contando con él, tan luego como yo le encargué que buscara sillas, había ido á pedirle de parte mia las de la sala de mi casa, que ella entregó sin objecion ni pregunta alguna. Cuando las hube examinado y pagado de nuevo con la mayor buena fé y confianza, él las volvió á llevar á mi casa, diciendo simplemente con voz de trueno:

—Donaciana, ahí están las sillas. Y la papa de mi mujer, con la misma flema con que las había entregado las recibí, sin meterse en inquirir para qué las llevaron ni cómo las devolvieron: púsolas en la sala en el lugar que ántes ocupaban, y así pasó y terminó el lance que, verdaderamente, no tuvo de divertido sino los siguientes apéndices.

En la noche volví á mi hogar, cansado de elaborar píldoras, y de hacer friegas; y al meterme entre sábanas, entablé con mi esposa este diálogo:

—¿Trajo Don Roque las sillas?

—Sí.

—¿Te gustaron?

—Sabes que siempre me han gustado.

Donaciana se dormía en aquellos momentos; y, habituado yo á sus modos y respuestas que se resentían de cierta obstrucción en los órganos de la percepción y de la palabra, díme á roncar á semejanza suya, y en dos ó tres semanas no me volví á acordar de la compra.

Cerca de un mes despues, al entrar un día con Donaciana en la sala, no pude ménos de preguntarle:

—Pues, ¿y las sillas?

—¿Qué sillas?

—Las que trajo Don Roque.

—Pues ahí las tienes.

—Entónces, ¿dónde has puesto las antiguas?

—¿Qué antiguas?

—Las que había aquí cuando nos casamos.

—Son estas mismas que ves.

—¿Luego has colocado en otra parte las nuevas?

—¿De qué nuevas hablas?

—De las traídas por Don Roque.

—Don Roque no ha traído más que éstas.

Encolerizado ante lo que yo juzgaba quinta esencia de la tontería en mi mujer, tomé mi sombrero y no volví á casa en todo el día. Las brisas de la noche refrescáronme, y entónces reflexioné que Donaciana no tenía la culpa de ser tan negada; aparte de que su estado interesante y lo mucho que á pretexto de él engullía, debían haber acabado de poner el apagador á la escasa luz de su inteligencia. Volví á casa, llevé á Donaciana á la sala, y para descifrar el logogrifo me propuse ser claro y lógico en mis preguntas, y reprimir todo ímpetu de impaciencia ó de enojo. Averigüé lo bastante para comprender que había sido víctima de la industria de Don Roque, á quien traté de abrumar con recon-

venciones más que enérgicas al presentarse á otro día en mi botica.

Mi hombre, ¿lo creerán Ustedes? no perdió en lo más mínimo su aplomo.

—Hijo mio —me dijo, dulcificando en lo posible la voz y el gesto,— los tiempos están malos y la ley de la necesidad es muy dura. Si algun día llevo á verme en fondos, te pagaré lo que te debo; si no es así, me lo perdonarás.

Ví que los ojos del viejo se humedecían. Recordé que había sido rico, honrado y considerado, y me imaginé el cuadro actual de su familia desnuda y hambrienta. Mi corazón de boticario se ablandó, como las resinas á la acción del fuego; y, enteramente desarmado y para ocultar á Don Roque mi emoción, volvíle la espalda, so pretexto de colocar un frasco de aceite de lombrices (*oleum serpentorum*) en su lugar respectivo.

IV

El cuadro de Murillo.

Más afortunado que el procurador el farmacéutico, su narración no suscitó murmuraciones, no obstante ser tan larga y difusa como la del

primero. Unicamente el almonedero, exhalando un suspiro, exclamó:

—Al ménos, Usted tuvo en sus manos al verdugo de su bolsillo, y le queda la satisfacción de haberle perdonado; miéntras que yo, víctima de otra estafa no ménos bien urdida, sobre lo perdido directamente á causa de ella, gasté dinero y tiempo en inútiles pasos para descubrir á quienes de mí se burlaron de un modo que dió mucho que reir en México.

Esta semi-filosófica reflexión suscitó un tanto cuanto la curiosidad del procurador, y á instancias suyas y aprovechando el sueño del capitán, el almonedero habló en estos términos:

—Si Ustedes alguna vez preguntan en la calle de la Canoa por Mateo Repelos —que es mi nombre, para servirlos,— sabrán que llegué á distinguirme entre todos los dueños y administradores de almoneda, no sólo por la tirantez con que compraba y la estimación con que vendía, sino por mi tino en la elección y la colocación de las mil y una baratijas, y de los inclasificables cachivaches que constituyen lo que en mi tiempo se llamaba almoneda, y que hoy, tomando un nombre más oriental, comienza á denominarse bazar. Desde el pobre ajuar del militar retirado